









Digitized by the Internet Archive  
in 2017 with funding from  
Wellcome Library

<https://archive.org/details/b29342818>





# DISCURSO

SOBRE EL CEMENTERIO GENERAL

QUE SE HA ERIGIDO

EXTRAMUROS DE LA CIUDAD DE LIMA

POR EL ORDEN, ZELO Y BENEFICENCIA

DE SU EXC.<sup>MO</sup> SEÑOR VIREY

*DON JOSE FERNANDO DE ABASCAL*

*Y SOUSA.*

POR

*D. FELIX DEVOTI, PROFESOR DE MEDICINA.*



REIMPRESO EN GUADALAXARA EN LA OFICINA DE D. JOSÉ  
FRUTO ROMERO, AÑO DE 1814.







EXC.<sup>MO</sup> SEÑOR.

**L**a satisfaccion que se experimenta en hacer bien es un sentimiento el mas dulce, pero conocido de pocos. Si por fortuna de los pueblos llegan estos á revestirse del supremo carácter de la autoridad, aprecian su elevacion por quanto les facilita los medios de ser útiles y bienhechores; y no por la vana distincion que miran con indiferencia. Tal es el punto de vista baxo el que ha mirado siempre á V. E. esta Capital: mas séanos permitido el repetirlo ahora que con el estreno del nuevo Cementerio tanto se afianza la salud pública, ya mejorada con la actividad de la policía, y que espera la última mano con la ereccion de un Jardín botánico ya comenzado sobre planes magníficos, y de un Colegio médico tan necesario; obras que harán eterno su nombre y nuestro agradecimiento.

EXM.<sup>MO</sup> Sr.

Felix Devoti.





# DISCURSO

## SOBRE EL CEMENTERIO GENERAL

### ERIGIDO EXTRAMUROS

### DE LA CIUDAD DE LIMA

**M**AS Facilmente se alteran y varian las leyes que las costumbres; y quando se mezcia en ellas el mas leve aparato de Religion, avasallan al entendimiento, y desprecian la utilidad y el decoro. La opinion siempre débil en sus principios, movida tal vez por causas pequeñas, adquiere nuevo vigor con los años, y bien pronto se comunica de los grandes al pueblo: en aquellos la introduce la vanidad, y en este la fomenta la natural propension y furor de imitarlos.

Tal ha sido la suerte del pernicioso abuso de los entierros participados en las Iglesias, inventado por una falsa piedad, y sostenido por



el orgullo que sobrevive aun mas allá del sepulcro. Agitado el hombre entre la esperanza y el temor de una eternidad, busca en el templo un asilo: y quando la irreparable pérdida de un esposo ó de un padre siembra en la desolada familia la miseria y el espanto; agrava la opinion su bárbara mano, confunde la Religion con el luxo, la obligacion con la vanidad, y convierte á veces el pan de lágrimas en el triste precio de las fúnebres pompas.

¿Hasta quando, vilipendiada así la razon, no hallará amparo la humanidad desgraciada, en los dias de su mayor desconsuelo? ¿Hasta quando infestando el ayre que respiramos, profanaremos la augusta magestad del templo, y rodearán el altar los tristes restos de nuestra corrupcion y miseria? ¿Este es el Santuario que en testimonio de su gratitud erige la débil mano del hombre al poderoso autor de la vida? ¿Sobre un fétido cúmulo de cadáveres quemará el sagrado incienso y ofrecerá el puro holocausto de su eterna reconciliacion?

Pero ¡qué pronto sigue el castigo á la irreverencia, y paga el hombre en su mismo delito la pena que ha merecido! Desarrollada la corrupcion en fuerza de la humedad, se exalta

por el calor; y acumulada por el sagrado recinto sin comunicacion exterior, corrompe su atmósfera y venga así á la Divinidad agraviada. Consume la respiracion, y apuran las luces el ayre vital en los dias en que la devocion reúne mas crecido número de fieles en las Iglesias, y solo queda su parte mas pesada y grosera. Alterado en su equilibrio, no halla el pulmon el necesario estímulo al descomponerle; y se introduce en los órganos debilitados la falta semilla de muerte con las venenosas exâlaciones de los cadáveres. ¡Gran Dios! Altiempo mismo que nuestros votos claman ante tu augusto solio por la conservacion, y la vida ¿hallaremos en tu propia morada la destruccion? Cayga el espeso velo de la preocupacion, y veremos levantarse de esos túmulos la aura mortal que minó sordamente la salud de la mas bella porcion de la sociedad, y el funesto principio de enfermedades que acabaron por fin la esperanza de una tierna consorte, y arrebatáron un padre á su desolada familia. Almas devotas, vosotras que anhelando la eterna salvacion, consumís los dias en continuas oraciones ante el altar, mirad, que de esas tumbas que incautamente pisais, brota el fatal veneno que devora vuestra



dévil existencia, quando la compostura exterior, y la elevacion del espíritu le facilitan la entrada en vuestro pecho. Mas no se limita al templo su moral influencia: la corrupcion se extiende aun mas allá de los sagrados muros, infesta sus inmediaciones, y corriendo qual voraz llama á la que sirve de pábulo quanto encuentra en su marcha, ha desolado á veces las ciudades mas populosas.

Hable la historia; consúltese la experiencia. Mas, ¿para qué reproducir lo que han apurado otros mas felices ingenios, y ha sido repetidas veces el tema de las brillantes plumas de Europa y de esta feliz parte del globo, que émula ya de las glorias de su antigua maestra le compite hoy en patriotismo y buen gusto? La física lo ha demostrado hasta la evidencia; y ha llorado mil veces la Medicina sus funestas resultas.

Aborrecen los brutos mismos los despojos de sus semejantes; la naturaleza se estremece al verse humillada, y avisa con el fastidioso olor que despiden los cuerpos al disolverse, quan infestas son sus exâlaciones. La razon enseñó á las naciones mas bárbaras á segregar sus muertos de la sociedad. Eleváron los asirios



en vastas llanuras sus mausoleos; los egipcios, aunque mas supersticiosos, fabricáron sus pirámides en arenales; escogieron los hebreos los desiertos para sepulcros; y los griegos, junto con sus leyes, transmitieron á la antigua Roma la inviolable costumbre de erigir en los caminos públicos las tumbas y hogueras. Los vastos cementerios que aun blanquean en la cumbre de los mas aridos cerros en el Perú, y sus huacas comprueban la sagacidad de los Incas. Así lo ha exigido en todo tiempo la salud pública; así lo ha dictado el deseo de la propia conservacion, el respeto debido á las cenizas de nuestros mayores, el decoro de las ciudades, y la veneracion de los templos: cuya magestad han temido siempre profanar con sepulcros aun aquellas naciones que envueltas en la barbarie del gentilismo, erigian altares á sus torpezas y vicios.

Mas en los siglos de la Filosofía ilustrados por el Evangelio tanto ha podido la preocupacion y el abuso, que confundiendo todos los derechos de la razon, del interes personal y de la Religion mas augusta, rodea por todas partes al infeliz ciudadano el funesto depósito de la podredumbre y muerte. ¿No basta que es-



ta superficie exterior de la tierra, que el hombre habita, que sus desvelos adornan y riega con su sudor; esta que sirve á su alimento, á su comodidad y á su luxo, sea el resultado de la corrupcion, y el mísero resto de infinitas generaciones que le han precedido? ¿No basta que la especie humana traiga consigo desde el nacer la semilla infausta que mina su débil compuesto? ¿Es preciso además que reciba de la sociedad, en pago del bien que esta le proporciona en las opulentas ciudades, un ayre limitado, ingrato y mortal? No aceleremos con los venenosos efluvios de una reciente disolucion el último instante de una vida demasiado breve; no agravemos la pesada carga de males que nos abruma. Arda en el Santuario el aromático incienso, y con él suba solo ante el trono del Omnipotente el suave olor de la oracion y alabanza.

Las terribles persecuciones que suscitó el abismo contra la Iglesia del Señor en los primeros siglos de su establecimiento obligaron á los primeros cristianos á ocultar en las catacumbas los cuerpos de sus Mártires para substraerlos de la furia de los paganos. Sus profundas é intrincadas bóvedas les prestaron al mismo tiempo



un asilo para la celebracion de los sagrados misterios, en aquellos dias de desolacion y espanto. Rayó por fin la feliz aurora de paz, y restituido el sociego de la agitada nave, se estableció por ley, lo que habia sido practicado ántes á solo impulso de la necesidad. Las reliquias de los heróicos defensores del Evangelio, que derramaron por la fé gloriosamente su sangre merecieron servir de base al altar. La gratitud de la Iglesia decretó al gran Constantino en el atrio el lugar de su entierro. La santidad de los primeros Obispos en aquellos venturosos tiempos de fervor y zelo, les concedió igual distincion. Se extendió despues á los Sacerdotes: y las donaciones hechas al templo relaxaron por fin la severidad de la disciplina en favor de los seculares. ¡Funesto abuso de privilegios! Tú marcas la decadencia de los imperios. Si: mas respeta á la Religion: no hay en ella otro distintivo que la virtud. ¿Y donde estan las cenizas de aquellos que merecieron los soberbios honores del sepulcro? El tiempo que todo lo iguala, ha confundido el polvo del poderoso y del pobre. ¿Quien sabe donde paran los miserables restos de los Césares y Alexandros? Si los Guanches de Tenerife y



los Magnates de Egipto han substraído sus cáveres á la voracidad de los siglos, han conseguido tan solo cambiar en irrisión el antiguo respeto, y sirven de cebo á la ociosa curiosidad.

Desaprobó siempre la Iglesia esta odiosa costumbre; reclamaron por ella sus mas zelosos ministros, y se multiplicaron los cánones. Los Emperadores revalidaron sucesivamente las mismas leyes; y el Teodosio no contento con mandar extraer de la Ciudad los que de ante mano estaban depositados en sus monumentos, multó en la tercera parte de su patrimonio al que osase quebrantar lo mandado; Justiniano abolió toda clase de privilegios: las capitulares de Carlo Magno extendieron mas ampliamente esta misma prohibicion; y una de nuestras leyes de partida justifica el motivo de tan necesarios decretos. Mas ¿qué no puede la preocupacion, é ignorancia! Su imperio es mas poderoso que la misma autoridad, la razon y la fuerza.

Nada es mas justo que el tributar los últimos honores en testimonio de amistad y gratitud á los que otras veces compañeros de nuestros placeres y penas nos arrebató para siempre la muerte: ni mas propio de la humana natura-



leza que el respetar los tristes restos que alvergaron una alma inmortal, que primeros le hicieron sentir su energia, desplegaron con sus órganos sus ideas, y le ayudaron en cierto modo á su perfeccion. Pero no por llenar este sagrado deber, habremos de respirar los venenosos vapores de sus cadáveres, y ultrajar el decoro del Santuario: y no serán las fúnebres pompas un lenitivo al dolor, mas si un tributo servil á la preocupacion que agravará el enorme peso del infortunio. Religion divina! Tú que haces de la esperanza una virtud; Tú que conviertes en mérito las penas mismas inseparables del hombre, y premias el sufrimiento; Tú sola derramas el bálsamo saludable en las heridas que la naturaleza y la razon, no pueden sin ti suavizar un instante.

Gozan los cementerios sus fueros y privilegios como las Iglesias: prohiben severamente los cánones con iguales penas el profanarlos; como ellas, necesitan de expiacion si llega á veces á mancharlos la casualidad ó el delito; sugetos igualmente que los templos al entredicho, está cerrada su entrada á los que separa de su gremio la Iglesia; y no solo el derecho canónico, mas aun nuestras leyes respetan su



inmunidad. Este es el sitio en donde la inevitable ley de la corrupcion que desde el útero materno persigue al hombre hasta volverle á su primitivo polvo, disolverá su débil compuesto sin infestar á los vivos. No limita la Iglesia sus tesoros á la material inhumacion en el templo.

Penetradas de estas razones las cortes todas de Europa han desterrado el pernicioso abuso que introduxo una especie de fanatismo; y han erigido fuera de las Ciudades sus cementerios. Por esto ha expedido el paternal desvelo de nuestro augusto Soberano repetidas Reales Cédulas para que disfrute la América sus ventajas. La escasez de foédos públicos habia frustrado hasta ahora tan sabias disposiciones en esta Capital: mas en el dia reanimada por la sagacidad de un xefe filósofo, fecundo en arbitrios, activo y vigilante, excusa su demora con la magnificencia del nuevo edificio. Restituido el decoro á la Ciudad, y la salud á los pueblos con útiles reglamentos de policia, afianzada la pública seguridad con la refaccion de sus demoronadas fortificaciones, erige ahora en el nuevo Panteon un cómodo asilo á los muertos, un lenitivo al dolor, y un preservativo á la conservacion de los vivos.



Incalculables eran los males que habia acarreado á este gran pais el total abandono de su policia. Cubiertas de inmundicia sus calles, estancadas sus aguas que brindan por sí solas la comodidad y el aseo, infestaban su clima, y ofreciendo por todas partes el vergonzoso monumento del descuido y de la indolencia, invertian en su daño su misma amenidad, y los privilegios con que parece haberle distinguido la naturaleza de las demas partes del Globo. No alteran desechos vientos nuestros plácidos dias; mas tampoco purifican la atmósfera: no inundan copiosas lluvias nuestras campiñas; mas no arrastan la asquerosidad de su suelo; y si el rayo devastador y el trueno son desconocidos á su pacífico habitante; nada altera los mortales efluvios de un ayre siempre sereno. De esta manera respiraba el infeliz ciudadano por entre los engañosos zéfiros de una eterna primavera, disfrazada la muerte en mil aspectos distintos. Restaurado ahora el orden y la policia que han sido siempre en los paises cálidos la parte mas esencial de sus ritos y ceremonias religiosas, han desaparecido las epidemias que asolaban al pueblo, quando al variar de las estaciones: el repentino paso del frio al calor de-



bilitaba nuestra fibra ya lánguida demasiado y la hacia mas sensible á los venenosos miasmas que respiraba. Comparado el número de muertos con los anteriores es muy notable su diferencia. Los profesores médicos, y el público mismo lo ve, palpa y confiesa. Ahora diez años en los estados de un entero quinquennio hechos por orden superior, ascendia el cálculo medio de sus muertos á 2500 que en su poblacion de poco mas de 52.000, almas, corresponde á mas de un 4 por 100. Excesivo parece á la verdad este cálculo sin admitir qualquiera causa particular destructora, y solo puede en algun modo salvarse considerando el crecido número de forasteros que anualmente fallecen. Esto no obstante no guarda proporcion la grande diferencia que en el dia se encuentra en el número de muertos considerablemente menor. Mas quando llegue á completarse el vasto plan de un nuevo colegio médico ya empezado á erigirse desde sus fundamentos, cuya necesidad siente demasiado Lima, y por el que claman indistintamente todos los pueblos de este imperio, que quanto mas remotos de la capital, tanto mas han sido hasta ahora víctimas de la ignorancia y del empirismo: aumentará el Reyno



su poblacion, y conocerá la extension toda del bien que le proporciona la sabia mano que le gobierna. Hábiles profesores saldrán de aquí á sus diversas provincias, y salvarán anualmente la vida á muchos miles de sus habitantes. la cultura, la industria y el buen gusto son siempre en una nacion á proporcion del número de sus individuos; y en un pais como este donde brinda á manos llenas la naturaleza sus tesoros, enriqueciendose anualmente la sociedad de un crecido número de brazos útiles que salvará el nuevo y bien concertado estudio de la medicina progresando rápidamente, vengará la injuria que hasta ahora han hecho algunos al genio y talentos americanos.

Entretanto que este grandioso proyecto nos promete la felicidad, disfrutará la salud pública en el estreno del nuevo Campo-santo infinitas ventajas. En él se disputan la preferencia, lo suntuoso, la comodidad y el aseo, de suerte que si no excede su edificio á los mas celebrados de Europa, los iguala. Construido en lugar arenoso y elevado, léjos de todo manantial; los vientos que le dominan disiparán sus exâlaciones sin infestar la Ciudad; y su vasta extencion de 190 varas sobre 260 de fon-



do, ofrece bastante espacio para que perfeccionese cómodamente el tiempo la entera disolución de los cuerpos ántes que la necesidad llegue á turbar su reposo. Una ancha cerca que la divide del camino, hace ver desde allí por entre sus rejas el Jardin en cuyo fondo se eleva una magestuosa Capilla que sirve de entrada al cementerio. Su fachada noble y sencilla la acompañan por ambos lados dos cómodas hileras de habitaciones para sus ministros, y rematan en dos grandes puertas que igualmente conducen al Panteon. En el frontispicio principal recostados por ambos lados están los primeros padres del hombre. La expresion mas patética y sublime anima estas estatuas, y fuerza á cierta admiracion que es el privilegio y el verdadero distintivo de las vellas obras. Adan reclinado sobre el codo parece absorto entre la meditacion y el dolor; y Eva avergonzada de su funesta credulidad esconde el rostro, y aparta de sí la fatal poma que aun conserva en su mano. En el medio, rotos los trofeos de la muerte, entrelazados con laureles y palmas, sirven de basa al signo augusto de la redencion, y al pie se lee **AL TRIUNFADOR DE LA MUERTE**. Construido el templo en figura octógona



presenta quatro puertas en sus frentes , y de sus  
 ochavos sobresalen otras tantas piezas para las  
 respectivas oficinas. Sostienen ocho columnas  
 la elevada bóveda , en donde el feliz ingreso á  
 la gloria de aquellos que adornaron á Lima con  
 sus virtudes , y hoy veneramos en los altares,  
 está pintada con aquella energia que caracteriza  
 un pincel correcto y expresivo : y está en el  
 centro el túmulo , desde el qual el mismo au-  
 tor de la vida enseña al hombre á morir. De  
 aquí se baxa por la izquierda al depósito de los  
 eclesiásticos ; lleva la derecha á la triste man-  
 sion de los opulentos , y por en medio , una es-  
 paciosa y bien compartida alameda de álamos  
 y cipreses divide en dos una vasta area hasta la  
 mitad del terreno para la clase media de la so-  
 ciedad. Ven mortal orgulloso ; sígueme , y mi-  
 ra tu vanidad confundida. Este es el túmulo del  
 gran Pastor que aun llora Lima , aquel que fué  
 el esplendor del Santuario , el exemplo y el  
 amor de su grey. Su virtud solo vela sobre la  
 estrecha y sencilla urna que le cubre. Está ar-  
 rimada en lo exterior de la Capilla como en se-  
 ñal de que ahí yace el redificador zeloso del  
 templo. Sigue esta misma calle en donde están  
 sobre tres órdenes infinitas bóvedas que inspi-



ran por sí solas un misterioso respeto. Estas las ocuparán las dignidades primeras de la Iglesia; aquellas el clero y las órdenes regulares. Sigue, y en el ángulo que remata esta calle separadas de las demas esperan las religiosas el premio de su virginidad. Al doblar esta esquina estarán las cofradías que erigió la piedad cristiana y fomentó el zelo de sus devotos. Vuelve sobre tus pasos, y en el lado opuesto encontrarás aun mas viva leccion. Estas primeras tumbas reducirán al polvo la vanidad y el poder; aquí dormirán los xefes. Se disipará su esplendor como el humo, á ménos que la beneficencia y la humanidad les labren mas duraderos monumentos en la memoria de los hombres. Allí la toga se confundirá con la corrupcion. Seguirán los padres de la Patria; los que el mundo ha distinguido con sus honores, y con sus dones la fortuna. Mira por uno y otro lado de esta ancha calle que se abre en el medio desde la puerta principal sobre la qual la esperanza cristiana con el libro de la ley en la mano expresa en su ademan las ansias de remontarse al Cielo; mira estos dos grandes claustros en cuyos remates exâlan de trecho en trecho el romero y la albahaca sus perfumes. Entra; mas de



mil bóvedas se presentan por todos lados; aquí el ciudadano pondrá el último término á sus mas sagradas obligaciones sociales, y aquel hondo pozo en el medio confundirá por fin sus áridos huesos. La variedad de las flores y el verde que hermosean su interior piso, forman un extraño contraste entre el terror y el agrado, é inspiran aquella dulce melancolía que es el verdadero patrimonio del hombre; al mismo tiempo que absorviendo el ayre mefitico exálan en cambio otro mas puro, así como lo ha dispuesto la benéfica providencia en el órden general dél universo. Ve allí aquel obelisco que se señorea en medio del cementerio, rodeado de otro pequeño claustro que encierra otras muchas bóvedas aunque menores dispuestas sobre quatro órdenes: allí esperan el glorioso dia de su resurreccion los tiernos renuevos de la especie humana. Como una flor que en su mismo boton, antes que le robe el zéfiro sus perfumes, se seca; así perecen con su inocencia. Felices los que no conocieron sino las caricias maternas, y deteniéndose apenas en el umbral de la vida para lavar la heredada mancha, se lanzaron de la cuna al sepulcro, del tiempo á la eternidad, entre tanto que lloran otros el funesto de-



recho de una mas larga existencia. Desde aquí al pie de ese pequeño escarpe, se registra el sitio destinado para las humaciones, compartido con igual simetría. El pequeño pueblo, esta porcion la mas útil y la mas olvidada de la sociedad, hallará allí el último asilo á su indigencia. Y desde el pie del obelisco hasta la opuesta puerta una espaciosa alameda le divide en dos grandes quadros que rodeados con pequeñas paredes por todas partes dexan aun al rededor de la cerca ámbito bastante para quatro grandes areas, y otras tantas menores en sus ángulos respectivos, que alternarán por años el orden de los entierros. ¡Que de afanes cuesta el destruir los miserables restos del hombre! Solo así puede eludir de algun modo el inevitable desprecio que le sigue.

La firmeza y hermosura de la gran cerca que rodea el Campo santo; sus bien compartidas pilastras, adornadas en sus remates de vistosas jarras, y pequeñas pirámides; la anchura y comodidad de sus calles; la fragancia que exâlan las flores por todas partes; y el sombrío verdor de los cipreses: hermosean en cierto modo este vasto recinto, y presentan la muerte baxo su verdadero aspecto, consolador y terri-



ble. Fatigado el hombre de luchar con la fortuna, la injusticia y los males descansa en el sepulcro: la Religion disipa su negra sombra; y quando estremecido el mundo á la voz del omnipotente perecerá el tiempo y la naturaleza; él aquí mas seguro, reanimará sus áridos miembros; será inmortal como su mismo Criador.

Tal es el plan del nuevo Cementerio que acaba de construirse; y si un resto de fanatismo aun preocupa algunos espíritus débiles sordos á la voz de la razo y de las leyes, oigan al propio interes, miren reformados infinitos abusos, y esperen su total extincion de la actividad del gobierno que la medita y concierta. ¡Quantas veces libres ya de esta pesada carga que redoblaba la angustia derramaremos aquí las lágrimas de la naturaleza, de la amistad, y del amor! Rodeados de estas tumbas que nos esperan, el verdor de las plantas, el silencio y la muerte agitarán nuestro espíritu, se confundirán nuestros suspiros con el apacible zéfiro que merecerá estos álamos, y al repetirlos el eco pavoroso y eloqüente en las efusiones de nuestro corazon, quando el dolor restituye al hombre su dignidad y ahoga en él la falsedad y la lisonja, pronunciaremos con entusiasmo el benerado nom-



bre de **ABASCAL** cuyo genio superior y benéfico ha proporcionado en el magnífico edificio que servirá de modelo á las naciones mas cultas, honra y reposo á los muertos, la salud y el consuelo á los vivos.

















